

Ruxandra Cesereanu y Florina Ilis

COMPRENDER Y ESCRIBIR EL PASADO CON LA MIRADA DEL PRESENTE. LITERATURA RUMANA DE HOY: RUXANDRA CESEREANU Y FLORINA ILIS

Caída la dictadura comunista (en diciembre de 2014 se cumplió el 25 aniversario del “Gulag rumano”), el postmodernismo, que se había extendido en contraposición al régimen intentando fraguar una estética nueva, de vanguardia, pero de una manera subterránea, aflora liberado en la década de los 90. Tal y como Ion Simuț (2008) sostiene, se llegó a rechazar todo lo que se había escrito durante el comunismo y se hacía tangible la necesidad de una nueva literatura diferente que sostuviera una visión literaria totalmente nueva. En ese momento de derrota solo las traducciones, los libros de memorias o los diarios de prisioneros políticos podían ser tenidos en consideración en el sentido de que eran un medio a través del cual se describían las respectivas experiencias personales vividas durante el comunismo. El textualismo y la prosa autorreflexiva cuajan en un repertorio de características específicas, ahora mucho más permisivas y en contacto sincrónico con otras literaturas occidentales, pero también diacrónico con la propia tradición. Se impone, entre los intelectuales rumanos, y claro está entre los escritores, la necesidad de revisar, reescribir, deconstruir, analizar, retratar, narrar en definitiva la historia más reciente del siglo xx. Teniendo en cuenta este marco, el anticomunismo se ha convertido en la clave para leer el comunismo con la idea de entender, organizar y reconstruir el pasado con la mirada del presente. Toda esta apuesta y compromiso con la memoria ha dado lugar a un nuevo espacio de creación, especialmente a partir del año 2000, cuando se puede observar un cambio de tendencia artístico y literario en la creación. La libertad total ganada después de la dictadura ha conllevado un deseo de expresión, de escribir sobre (y sin) los tabús, de liberar el discurso literario de las prohibiciones impuestas. De esta manera, de aquella revolución popular contra Ceaușescu, se consagra ahora también una revolución

261

literaria que sitúa la literatura rumana en un momento de máximo esplendor creativo, como lo demuestran tanto la producción editorial como la gran cantidad de traducciones que implosionan en otros sistemas literarios.

En este contexto sociocultural y literario podemos situar la presentación de estas dos obras narrativas escritas por dos de las voces transilvanas de más actualidad, reconocidas tanto por las buenas apreciaciones de la crítica como por parte de los lectores, en Rumanía o en el extranjero. Se trata de *Un singur cer deasupra lor* [Un único cielo encima suyo] (2014) y *Viețile paralele* [Las vidas paralelas] (2012) escritas respectivamente por Ruxandra Cesereanu (Cluj, 1963) y Florina Ilis (Bihor, 1968).

Por un lado, Cesereanu —tal y como afirma la crítica y filósofa Marta Petreu (2015)— aborda directamente el problema de la responsabilidad moral ante los experimentos del totalitarismo rumano. En cambio, Ilis replantea el mito del poeta nacional, Mihai Eminescu (1850-1889), un mito concebido durante el período interbélico rumano de cuyo sintagma se apropió con éxito la ideología comunista con claros objetivos propagandísticos de exaltación nacional.

Con estas obras, ambas autoras establecen una nueva lectura de la realidad, basada ora en hechos reales, ora en hechos ficticios; pero en definitiva recurren a la literatura como un espejo que permite comprender la vida robada ideológicamente y transformada, no para escribir historia/historias, sino para “dictarla”, poniéndola al servicio narrativo con un estilo estético propio y unas calidades literarias originales.

Cesereanu, poeta, prosista, articulista y ensayista, es profesora de literatura comparada en la Universidad Babeş-Bolyai de Cluj. Es redactora de las revistas literarias *Echinox* y *Steaua*. Sus investigaciones se centran en el universo concentracionario; el título de su tesis doctoral (1997) es *El infierno concentracionario reflejado en la conciencia rumana*. Entre sus obras, cabe mencionar: *Nașterea dorințelor lichide* (prosa; Cartea Românească, 2007), *Angelus* (novela; Humanitas, 2010) y *California (pe Someș)* (poesía; Editura Charmides, 2014).

Ilis forma parte de la generación de prosistas que se han afirmado en los últimos años. Trabaja como profesora universitaria en el departamento de japonés de la Universidad Babeş-Bolyai de Cluj. Ha publicado la trilogía: *Coborârea de pe cruce* (2001), *Chemarea lui Matei* (2002), *Cruciada copiilor* (2005), cuya última novela, *La cruzada de los niños*, se tradujo al castellano en 2010.

Los títulos de las dos obras escogidas para esta presentación remiten a títulos literarios canónicos, en un nuevo intento de enlazar y acercar la tradición propia con la Tradición. Por un lado, Cesereanu evoca el título kantiano *El cielo estrellado sobre mí y la ley moral dentro de mí*, con la intención de recuperar al lector crítico, con autonomía intelectual. En cambio, Ilis retoma el título de Plutarco, *Vidas paralelas*, puesto que inicialmente la autora quería relatar una comparación entre la vida del poeta rumano Eminescu y un poeta romántico

europeo, Heine o Lenau. Sin embargo renunció porque “Eminescu no puede ser más que Eminescu” (Ilis entrevistada: 2013), convertido en este caso en un personaje literario de su propia vida.

En el primer caso, este libro de prosa de Cesereanu, o novela-puzle, reúne treinta y cuatro historias dedicadas cada una a un personaje distinto, como si de fichas se tratara —expedientes o “dossiers” elaborados o reescritos por la autora en aras de la verdad. En algunos casos, como el que nos ocupa, los personajes literarios son el retrato fiel de personas reales que vivieron tales circunstancias y que Cesereanu conoció y escuchó de viva voz y decidió literaturizar. El hilo conductor es la omnipresente *Securitate*, la policía secreta (la denominación de cuyos miembros, los *securiști*, hemos traducido por *securistas*, con el afán de mantener la terminología rumana). En todos ellos es reconocible la realidad de aquellos años trágicos relatados a través de capítulos concebidos como secuencias o cuentos visuales con un único protagonista a modo de cortometrajes análogos a la filmografía de la nueva ola del cine rumano de reconocido prestigio internacional que muestran episodios de aquella “época de oro del realismo socialista”. Las historias de este volumen describen el comportamiento de los crueles torturadores comunistas, los avatares de sus víctimas, pero también incorporan retratos de figuras de la infancia socialista o cuentos sobre la vida cotidiana de las personas que vivieron bajo el régimen comunista. El cuento titulado «Lucreția» se inspira en la vida real de una joven extraordinaria, Lucreția Jurj, que fue a la escuela tan solo cuatro años y que, a causa de las persecuciones, tuvo que refugiarse en las montañas durante cuatro años hasta que fue capturada y pasó diez años en la cárcel bajo el régimen de Ceaușescu.

En cambio, en la novela de Ilis, *Viețile paralele*, todo el relato gira alrededor de una investigación, como si se tratara de un gran informe o de notas informativas para un expediente de la *Securitate* sobre el pasado del “poeta nacional”; concretamente durante el período de su enfermedad en los últimos años de su vida. Esta perspectiva de su vida sirve para mostrarnos cómo el mito cultural del poeta se deconstruye y se reconstruye paulatinamente bajo los ojos del lector, a través de otros personajes históricos importantes en la biografía del poeta o de la historia moderna rumana: el político y crítico literario Titu Maiorescu, la “novia” de Eminescu, Veronica Micle, el dramaturgo Ion Luca Caragiale, o bien, el crítico literario George Călinescu. Estos personajes aportan al libro la dosis de verosimilitud y cuestionan al lector, en términos generales, sobre la necesidad de replantearse la historia que se enseñaba y su veracidad.

Esta coincidencia, para nada gratuita, de que ambas autoras acudan a personajes históricos o a personas de la historia cotidiana, son un testimonio del deseo de contactar con la realidad verdadera, y alejarse de la realidad ideologizada durante el comunismo. Necesitan investigar y documentar la ficción, e incluso llegan a utilizar toques del periodismo literario para dar absoluta credibilidad a la literatura, más allá de la propia ficción, y combatir el

hecho de que durante el comunismo se explotara políticamente la dimensión nacional del poeta Eminescu, se escondiera absolutamente cualquier tipo de disidencia, o se silenciaran las persecuciones.

Esta manera de construir lo ficcional a partir de hechos reales, se puede encontrar en otras obras de la literatura rumana contemporánea, en un intento de autentificar literariamente la propia perspectiva de la realidad y (re)escribirla. Este diálogo literario con la historia, o el interés por reinventar el pasado y reconstruir la imagen de unos personajes extraordinarios en la sociedad rumana, toman forma en obras de escritoras como Gabriela Adameșteanu, Ana Blandiana, Nora Iuga, Doina Ruști o Simona Sora, entre otras.

En conclusión, la representación de la historia de la cotidianeidad rumana es un elemento recurrente y propio de la literatura de transición. Esta posibilidad encuentra sus raíces en la memoria colectiva que ha sido a menudo borrada o distorsionada conforme a las demandas del régimen. El deseo de reconstruir la historia desde un punto de vista experimental, más orgánico, más próximo a la realidad actual, se puede interpretar como una forma de entender el pasado y definirlo a través del presente, para sentar las bases de una literatura saneada y en sintonía con los sistemas literarios internacionales. La escritura tanto de Ruxandra Cesereanu como de Florina Ilis recrea períodos de la historia que han sido ocultados u olvidados del imaginario colectivo, o idealizados como en el caso del poeta Eminescu, un tipo de creatividad que implica el compromiso de la responsabilidad moral hacia el pasado y la problemática de la recuperación del patrimonio literario más reciente.

Presentación de ADINA MOCANU y XAVIER MONTOLIU PAULI

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Chițan, Simona (2013) “Scriitoarea Florina Ilis: ‘Am vrut să deconstruiesc mitul poetului național”, *Adevărul* Fecha de acceso (25/04/2015) http://adevarul.ro/cultura/carti/scriitoarea-florina-ilis-am-vrut-deconstruiescmitul-poetului-national_1_50f9795e51543977a97726fb/index.html >
- Petreu, Marta (2015) “Cerul înșelat deasupra noastră”, *Apostrof*, 3 (298) Fecha de acceso (27/04/2015) <<http://www.revista-apostrof.ro/articole.php?id=2197>>
- Simuț, Ion (2008) “Ce s-a întâmplat cu literatura română în postcomunism - Simptomatologie generală”, *România literară*, 6 Fecha de acceso (27/04/2015) <http://www.romlit.ro/ce_sa_ntmplat_cu_literatura_romn_n_postcomunism_-_simptomatologie_general>

*

Ruxandra CESEREANU, *Un singur cer deasupra lor* [Un único cielo encima suyo]. Iași: POLIROM, 2013. pág. 8-17.

Lucreția

Cuando regresaron a casa de la guerra y de su refugio, encontraron el pueblo lleno de maleza y ratas; la maleza había llegado hasta el tejado y las ratas se habían subido incluso a los árboles, tantas había. Pero la gente no se quejaba, se reían de ellas: el pueblo ya no estaba ocupado por alemanes ni por rusos, sino por ratas. Durante los primeros días ni siquiera se podía dormir, vivías sin dormir, porque, sino, te liquidaban las ratas, que pululaban en rebaños. Las pocas aves de corral que habían traído los que habían regresado del refugio tuvieron que ser degolladas y cocinadas ya que de otro modo las hubieran roído las ratas, incluso con plumas, les daban igual las plumas, comían todo lo que encontraban. Sin embargo, los campesinos también eran astutos y al final pusieron trampas con sacos y granos de maíz a su alrededor, así fue como capturaron a la mayoría, que acudía en rebaños. La gente las atrapaba, les golpeaba con la azadilla en la cabeza, y luego les pegaba fuego para que no se infestara el pueblo.

Lucreția era una de las jóvenes que preparaba los sacos para capturar a las ratas y si algo le asombraba era cómo chillaban esos animales pequeños, casi rugían como cerdos, gruñendo cuando eran capturados y cuando ardían, si es que aún no habían muerto por los golpes de azadilla. Al final, las aniquilaron a todas y los habitantes lograron regresar a sus casas, pero durante mucho tiempo las paredes todavía olieron a rata.

En aquel tiempo, la gente no sabía mucho de política, pero al cabo de poco una parte de ellos se vio obligada a no quedarse con los brazos cruzados y a hacer algo. Lucreția empezó a darse cuenta de todo eso solo después de casarse y porque lo había hecho con el guardabosques. En el caserío de su suegro había muchas vacas lecheras y algunos caballos: el trabajo de Lucreția consistía en pasear a los caballos y eso le gustaba porque eran aterciopelados y silenciosos. Para las vacas ya tenían a una chica que se ocupaba de ordeñarlas. Lucreția también hacía otra cosa. El caserío tenía un gran ahumadero para el pescado y por eso iban muchos huéspedes a la casa, huéspedes de la ciudad, abogados y médicos, porque el pueblo se encontraba cerca de una cueva con dragones, con cirios de sal enormes. Como la mayoría de ellos solía pasar la noche en casa de su suegro, Lucreția vigilaba el ahumadero y se ocupaba del pescado, para que quedara bien ahumado y estuviera sabroso.

Los abogados y los médicos hablaban sobre muchas cosas: sobre los tiempos que corrían, sobre los cielos que corrían, sobre el rey, los gobiernos y la política. Lucreția solo entendió una cosa: que no se podía vivir bien con los camaradas. Su

hombre, el guardabosques, se lo aclaraba de vez en cuando, pero ella también se daba cuenta en el pueblo: si los camaradas hubieran sabido de su despensa atiborrada de quesos, leche y nata, en el que reposaban las bolas de queso y los barriles de mantequilla y nata, no les hubiera ido nada bien. Esa gente ya había empezado a robar la tierra, a confiscar bueyes y vacas, y a matar. Había empezado una especie de devastación.

Así que, una noche, cuando los camaradas con ropa de cuero y unas boinas negras en la cabeza se llevaron de su casa al viejo, Lucreția entendió lo que se tenía que entender: debía huir a algún sitio y qué mejor sitio que las montañas. Tenía que huir con el guardabosques. Una vez abandonado el pueblo, el guardabosques ya no se sentía seguro de nada, ni siquiera de la tierra que pisaba, así que Lucreția le decía que no tuviera miedo y que una vez empezado el baile, se tenía que terminar. También le decía que pasaría el verano, el otoño, el invierno y la primavera, y que los comunistas caerían. No faltaba mucho, no faltaba casi nada. Si ella se hubiera quedado en casa, su hombre, el guardabosques, habría ido por la noche a visitarla y entonces lo habrían capturado, golpeado y torturado para que hablara. Nadie podía calcular cuánto habría resistido a las torturas, tampoco Lucreția. Sabía que al final habría hablado, con lo que lo mejor era irse a las montañas, y así ser libres.

Pero los otros hombres que no estaban de acuerdo con que ella se fuera con ellos, cedieron con dificultad. ¿Qué hace una mujer en las montañas? Y encima tan joven. Al final encontró algo que hacer: se ocupaba de las armas, las limpiaba, y era ella quien cargaba con el aparato de radio donde escuchaban las noticias del mundo de fuera y de dentro de la alambrada. Incluso había apodado a ese aparato de radio ¡Que vienen los Americanos! En ese aparato escucharon de todo, incluso las noticias sobre la muerte de Stalin y se alegraron, sin saber que lo hacían en vano. Lucreția pensaba sin duda alguna que vendrían decenas de miles de americanos y que arrasaría del todo a esos rusos. Pero esta es otra historia. Lucreția sabía, porque lo había aprendido del guardabosques, cómo desmontar un arma, cómo limpiarla, cómo engrasarla, cómo cargar el cartucho. El rifle se apodaba América, la escopeta de caza era Europa, y a la pistola la llamaban Rumanía. Todas eran armas heredadas de la guerra.

Algunas veces, cuando estaban hartos de tanta miseria y de tanto huir de acá para allá por las montañas, les pasaba por la cabeza la idea de cruzar la frontera, y así huir más rápido, como si fuera una carrera deportiva, y cruzarla por Yugoslavia. Se movían más bien de noche, como los murciélagos y los búhos. Estaban cansados y desanimados y ya no creían que nada pudiera cambiar. Sus cuerpos ya estaban acostumbrados a dormir en chozas de ramas y plantas, sin paredes laterales, para resguardarse de la lluvia; y en el suelo no había nada más que tierra. Otras veces dormían bajo los árboles con ramas caídas. Dormían y luego se separaban, y volvían a dormir, y volvían a separarse. No podían ir siempre en grupo, eran demasiados y se arriesgaban a ser capturados. No podías

irte por tu cuenta y que los otros no lo supieran, tenías que decir a dónde ibas, cuándo volverías, y qué ibas a hacer al regresar. No podías irte como de tu casa, salir por la puerta, cerrarla y, al volver, abrirla y entrar. Así lo hizo una vez Lucreția, en un redil, y tuvo un buen susto: pensó que los animales que le habían salido al paso eran perros, pero de hecho eran lobos. Al principio solo sabía lo que era un oso, a pesar de que hasta entonces solo había visto zorros.

Cuando se separaban para pasar el invierno hacían todo lo contrario: no decían por dónde iban o qué habían hecho y nadie preguntaba, precisamente para no saber demasiado, para que si alguno era capturado no delatara a los demás. Si los securistas los torturaban, a saber qué iba a pasar y lo que podrían llegar a decir. Podrían hacerles cualquier cosa y obligarles a hablar. Sin embargo, si no sabías qué decir, no podías soltar ni una palabra de más, ni delatar a nadie, aunque podían llegar a matarte si no tenías nada que decir.

Una vez estuvo a punto de que le pasara algo muy grave, cuando los securistas empezaron a dispararle, mientras se movía a escondidas en un huerto. Lucreția huyó hacia el bosque, iluminada por los cartuchos, y cuando llegó al principio del bosque, miró su vestido para comprobar si no lo había rasgado ninguna bala. El vestido parecía como una de esas lámparas grandes que se encontraban en el vestíbulo del hogar cultural. Le temblaron las piernas, pero no sabía si era por el miedo o no. Antes de llegar a ser capturada por los securistas y que te molieran a palos, era mejor que te dispararan, y si no lo hacían ellos, entonces te disparabas tú. Suerte del bosque, que era extenso y las ramas de los abetos se podían usar para cualquier cosa.

No se podía estar de pie en la choza y era duro cuando nevaba, ya que la nieve se depositaba en capas de unos cuantos metros, y entonces oscurecía en el interior. Aguantaban el frío pero no se quedaban helados, porque solo podías quedarte helado si te dormías empapado o si te caías en algún lugar, en alguna charca sin poder moverte. A veces vivían solo para no morir, compartían la comida y hervían en un caldero alubias y patatas, tantas cuantas tenían. Solo podían hacer fuego sin humo, ya que de otro modo los hubieran encontrado, porque los securistas se subían a las copas de los abetos para vislumbrar de dónde salía el humo. Si la leña estaba bien seca, no hacía humo. Sin embargo, los fugitivos deseaban disponer de brasas, porque era lo único que les calentaba.

Dormían en el suelo y ya no notaban el frío, porque llevaban puesta ropa de lana y también zamarras de pastor, incluso en verano. Algunas veces les dolían las muelas de tantas carencias, otras veces, los huesos, y el tiempo pasaba lentamente. Pero no siempre disponían de algún escondrijo: a veces tenían tan solo un agujero en la tierra, al que llamaban catacumba. Tiempo atrás, los hombres habían leído en libros sobre las catacumbas e intentaban cavarlas para refugiarse. En las catacumbas del bosque tan solo se podía estar de pie y apenas cabían tres personas. La cavaban con una pala y la recubrían con troncos gruesos y, para que no penetrara el agua, la cubrían por encima con ramas de abeto.

Dentro no hacía frío, pero se les dormían las piernas de estar tanto tiempo de pie. Cuando abandonaban la catacumba y se dirigían hacia otros lugares del bosque, dejaban a buen cobijo la ropa, los cacharros y otras cosas.

Cuando no tenían hambre y disponían de algunas provisiones, guardaban el pan colgado en los árboles. Toda la comida la tenían en los árboles, fuera del alcance de las hormigas u otros insectos. También se encontraban con vacas por el bosque y las ordeñaban, así que a veces conseguían leche. Durante el verano recogían setas, chantarelas y senderuelas, que freían. Recogían también frambuesas y arándanos, para comérselos en el momento, ya que no los podían conservar. Cazaron en pocas ocasiones, un par de corzas que se habían extraviado en el bosque sin nada que comer, usando las balas que tenían. De vez en cuando pescaban truchas, pero solo cuando los manantiales eran pequeños o estaban aislados y sin peligro de que estuvieran vigilados. Cuando no tenían nada que comer y el invierno era duro, también se alimentaban de pan seco, sal y agua. Ni siquiera en aquellas ocasiones comían como las bestias, sino que lo hacían como los hombres, ya que tenían platos de chapa y cucharas, y cuando se iban, dejaban los cacharros y el resto de cosas en algunos huecos.

Luego llegó la desgracia igual que llegan todas las desgracias. El jefe del grupo puso fin a sus días después de mucho tiempo huyendo, ya que demasiada gente sufría por su causa y nadie quería albergarlo en los pueblos de la falda de la montaña, por miedo a los securistas. Lo apodaban el Viejo. Había presentido que nada iba a cambiar y que los americanos nunca llegarían, así que ya no podía soportar seguir viviendo en las montañas. Su mujer había muerto de tristeza, sus hijos estaban esparcidos unos por orfanatos, otros en la cárcel, y otros vivían con él en las montañas. Todos los suyos habían sido arrestados y torturados. La gente resistía solo por él pero no decía nada, aunque el Viejo se había cansado de las desgracias de los demás. Los securistas atrapaban a la gente, les pegaban, los soltaban, y de nuevo los volvían a capturar y pegar. Los campesinos tenían las marcas de las varillas y de las suelas de las botas de esos matones en la espalda y en las piernas.

Así que al final el Viejo se pegó un tiro, pero antes llamó a un testigo, una mujer del pueblo, para que luego avisara a los securistas y lo encontraran, para que no pegaran a nadie más ya que el Viejo se había disparado. El Viejo le había pedido a la mujer que le llevara algo de polenta para comer y para beber unos cuantos litros de agua; un hombre cuando quiere quitarse la vida bebe mucha agua. Lucretia sabía que el Viejo ya no creía en nada. Una vez lo vio llorar desesperadamente con las manos en la cara y las muñecas empapadas por las lágrimas. El Viejo, el pobre, había perdido la esperanza para siempre. Después de su muerte, todos iban errando de acá para allá: comían y bebían, y se lavaban con prisas cuando encontraban una fuente escondida. Andaban de una montaña a otra, como si fueran cabras perseguidas por lobos. Desmoronaban las chozas improvisadas, ya que no podían permanecer en un único lugar ni tampoco dejar

rastró, pero siempre volvían por donde habían pasado y entonces preservaban las chozas de ojos ajenos y se dejaban señales para ellos mismos, para saber si los securistas habían pasado o no por ahí.

Más adelante, durante un verano, oyeron como alguien los confundió y les preguntó desde los matorrales: ¿Dónde están los otros? Lucreția se quedó callada pero el guardabosques respondió a esa voz que era la de un soldado ingenuo: por aquí. Habrían podido disparar a esos jóvenes soldados que los estaban buscando para atraparlos, pero los dejaron con su vida miserable. El sentido de ser fugitivo no era estar en el camino, ni matar a la gente, ni siquiera a estúpidos comunistas o a soldados todavía más imbéciles, lo que querían era engañarlos, para que los dejaran en paz, y no los buscaran más.

Amanecía y se preparaban para cruzar el río cuando, sin saber cómo, los rodearon y les gritaron ¡Alto!, pero los fugitivos no lo hicieron y apretaron a correr hacia al bosque a toda prisa. Entonces murieron dos de ellos, Lucreția los vio tendidos en la hierba, a uno le habían disparado en la barriga, al otro, en la cabeza. Lucreția ni siquiera oía su propia respiración. Tampoco la del guardabosques. Las piernas no le habían respondido por el miedo, ya que era una mujer. Los securistas los rodearon, puesto que temían adentrarse en el bosque, y se quedaron en la falda de la montaña donde sabían que se encontraban los fugitivos. Lucreția los veía desde arriba mientras comían conservas y se freían panceta. En cambio, los fugitivos, allí arriba en la peña, ¿qué podían comer? Corteza de abeto rojo y acedera, si tenían suerte. Agua había de sobras. El interior de la corteza era tierno como una seta o como el pan soñado. Lucreția también comía corteza codo a codo con los otros y con el guardabosques. No eran tiempos para hacer ascos.

Durante el resto del día observaba a esos jóvenes soldados: algunos tenían incluso una foto suya, para reconocerla cuando la capturaran. Arriba, los fugitivos se turnaban para dormir, ya que no podían hacerlo todos a la vez. Estaban desnutridos por el hambre y las preocupaciones. Jamás los habían rodeado así. No podían hacer fuego, suerte que era verano y tenían suficiente agua. Cuando los securistas decidieron estrechar el cerco, los fugitivos también tuvieron que moverse: encontraron una cueva que parecía un agujero en la tierra y dentro había un boquete en el que cabían solo unas cuantas personas pegadas unas a otras como si fueran peces secándose al sol. Se dirigieron hacia allí, bajaron por un tronco y se quedaron pegados en la cueva. Vivos no los podrían capturar. Si Dios existía, estaban a salvo. Lucreția se lo susurraba al guardabosques.

Estuvieron así pegados, apoyándose unos contra los otros, otros de rodillas. Entonces bajó un soldado y gritando hacia arriba, donde estaban sus jefes, dijo que allí no se oía y no se veía nada. Quizás no podía oírlos puesto que todos se aguantaban la respiración, pero sí podía verlos, ya que los fugitivos se podían distinguir pegados como peces colgados, tal y como se habían colocado. El

soldado dijo a sus jefes que no había nadie allí abajo. Se había dado cuenta de que si los delataba, él también iba a morir, y entonces nadie saldría con vida. Por eso le ordenaron que disparara con la metralleta hacia la boca de la cueva y enseguida ejecutó la orden pero lo hizo disparando hacia al suelo. Lucreția entendió ese día que Dios existía. Aquel poder los había mantenido otras veces con vida, no en vano leían la Biblia en la choza y rezaban: se retiraban a un rincón y rezaban para que Dios les diera fuerzas y no fueran débiles. Dios ponía a prueba a la gente cuando él quería. Si amas a Dios cuando te van bien las cosas, cuando te van mal debes amarle sin falta. Así es la vida.

Cuando el soldado que había disparado hacia la cueva se hubo marchado y también se hubieron alejado sus jefes, y ya las tropas se fueron pensando que los fugitivos se habían escapado del cerco y los habían engañado, apenas entonces los que estaban dentro salieron de la cueva. No habían comido desde hacía mucho tiempo y ya no sabían siquiera quiénes eran, tenían las rodillas debilitadas por el cansancio y el hambre en la barriga. Iban sin rumbo comiendo lo que encontraban por el bosque. Tuvieron suerte de que los securistas no hubieran ido con perros, eso los habría delatado, les habrían seguido el rastro, los habrían olisqueado y los habrían hecho trizas. Pero en cualquier caso, no los habrían capturado vivos, ya que se hubieran disparado, y además hubieran disparado a unos cuantos de esos soldados tan jóvenes.

Finalmente, los capturaron de todos modos, pero al cabo de un año o dos; los atraparon porque alguien los traicionó: una mujer del pueblo, la cuñada de uno de los fugitivos, a quien habían arrastrado por el suelo y le habían arrancado el pelo a mechones, los había delatado contando todo cuanto querían saber los securistas. Cuando volvieron a recoger la ropa que habían dejado en el pajar, Lucreția sintió inmediatamente el olor a conservas y supo que los soldados habían pasado por allí, pero no pudo llegar a decirle nada al guardabosques, ya que sintió un fuerte golpe en la cabeza, y luego se derrumbó como un árbol. Cuando volvió en sí, el guardabosques estaba a su lado desmayado, con un agujero en la mollera por el que hasta incluso se podía meter un dedo. Aun así, heridos como estaban, les pusieron las esposas.

Fue la última vez que vio al guardabosques. Ni en el interrogatorio, ni durante el juicio supo nada más de su hombre. Estaba claro que había muerto, pero por qué no querían decírselo no estaba tan claro. Entonces Lucreția recordó cómo ayunaban con el guardabosques en el refugio. Hacían un día entero de ayuno cada semana: empezaban los lunes, la semana siguiente era el martes, luego la otra semana era el miércoles y así sucesivamente. Durante todo ese tiempo ayunaron duramente, así era su fe. De hecho, en las montañas habían ayunado más que habían comido. Pensaba en todo eso cuando estaba en la cárcel, decidida a no comer más. Tenía hambre pero quería saber lo que le había ocurrido al guardabosques. Había muerto, estaba claro: ¿pero dónde y en qué lugar había sido enterrado? Es lo que ella quería saber.

Se guardaba las ganas de llorar para ella, ni muerta hubiera dejado que le saltara ni una lágrima. En su ficha de reclusa el guardia de turno había escrito: “campesina de estatura media, pelo y ojos castaños, nariz recta, labios gruesos, mejillas carnosas, espabilada”. En aquel momento se acordó de esas ratas que habían encontrado después de la guerra y que habían llenado todo el pueblo como una epidemia: cómo se habían acomodado por las casas, cómo lo habían roído todo, cómo habían robado y cómo se habían comido las gallinas, incluso con plumas. Luego, cómo los hombres habían acabado con ellas. Pensaba en todo eso. Iba a vivir. En ese momento no quería comer nada porque quería saber qué le había ocurrido a su hombre, el guardabosques. Sin embargo, iba a vivir, lo sabía, iba a seguir adelante. Iba a salir de la cárcel. Lo sentía. *¡Cuando el sol amanece, estás en casa!*

*

Florina ILIS, *Viețile paralele* [Las vidas paralelas]. Bucarest: Editura Cartea Românească, 2012. pág. 357-362.

El doctor le agradeció su sinceridad y le aseguró que recordaría todas las críticas del paciente (pronunciadas con un tono enfático, afectado) y que en un futuro tomaría las medias necesarias. Sin embargo, aprovecharía la ocasión de esa festiva velada y, con un tono distendido, amistoso —si puedo expresarme así— daría algunas recomendaciones a su paciente para el futuro. Quién sabe si mañana tendría una ocasión tan buena como la de ahora, a solas. ¿Sería posible? ¡Por favor! Pues, con respecto a la dieta. Ah, ¡la dieta! Pues, Herr Eminescu nada de bebidas alcohólicas, de ningún tipo. ¿Ni vino? ¡Por lo menos en las comidas! ¡Si es con moderación! ¡Y descanso! ¡Cuanto más reposo, mejor! Evite diversiones de cualquier tipo. Por muy tentadoras que sean (las diversiones). ¿Mujeres? Mi suegro piensa que esa es la causa de su problema. ¿Cómo? La enfermedad. Incluso le ha escrito una nota al señor Maiorescu en este sentido. ¿Perdón?

Personalmente, en lo que le concernía, Obersteiner no creía en la enfermedad luética, por lo que dispuso, en cuanto el paciente estuvo bajo su cuidado, la interrupción del tratamiento con mercurio. Posteriormente, se vio que esta interrupción había dado algunos frutos. Por otro lado, no se puede negar la existencia de algunas afecciones nerviosas de naturaleza maniática que, según el doctor, podrían tener también en algún lugar una causa orgánica, somática, pero es difícil de comprobar y de establecer. La mirada viva, penetrante del doctor cubrió el sillón donde estaba sentado Eminescu, dejándole la impresión de que, sin siquiera tocarle, estaba así expuesto a un minucioso examen médico. Por desgracia, las investigaciones sobre la anatomía del cerebro se encuentran todavía al inicio. Yo mismo estoy muy interesado en la anatomía y creo que

algunas perturbaciones psíquicas pueden explicarse también a partir de causas anatómicas. Tengo un laboratorio, ¿lo sabía señor Eminescu?, dotado con todo cuanto es necesario para hacer disecciones en el cerebro y estudios microscópicos de los tejidos afectados. No obstante, a pesar de lo que ha evolucionado la ciencia, no podemos afirmar hoy en día que sepamos gran cosa sobre el cerebro. El doctor sonrió confundido, acariciándose, con un gesto reflexivo, la barba que se había afeitado para el disfraz de Carnaval. Pero estoy convencido, señor Eminescu, de que, en poco tiempo, llegaremos a disponer de un método experimental, como ya existe en otros campos de la medicina, que nos va a permitir saber mucho más sobre las fibras nerviosas del cerebro y sobre las correspondientes de la médula espinal, o sobre la estructura y la distribución de las células en la corteza cerebral. Creo que las enfermedades psíquicas, especialmente las parálisis, son, de hecho, también enfermedades del cerebro. No pasará mucho tiempo hasta que se pueda demostrar científicamente. En mi laboratorio, he iniciado algunas investigaciones experimentales en esta dirección. Ahora, por ejemplo, puesto que he conseguido obtener de la morgue algunas muestras de lóbulos del cerebro desarrollados *perexcessum*, me interesa en qué medida se pueden establecer vínculos, conexiones, entre unas parálisis y el deterioro de determinadas zonas de los lóbulos. En la mayoría de los casos que he estado analizando hasta ahora, he observado que los trastornos psíquicos se debían a la existencia de tumores en el cerebro que solamente se podían detectar en una autopsia. El problema es si no podríamos descubrir estos tumores antes y, por supuesto, intervenir.

Da la impresión de que Eminescu está escuchándole con gran atención. Le interesa lo que dice el doctor. Se le ha despertado su antigua debilidad por el conocimiento, haciéndole vibrar las cuerdas del alma que había dado definitivamente por muertas. Se acuerda de la pasión con que lo habían tentado cuando era estudiante las ciencias experimentales, las lecciones de anatomía de Hyrtl, el curso de fisiología de Brücke y la habitación fresca del sótano del Hospital General, donde los estudiantes asistían, visiblemente afectados, a las vivisecciones.

El cuerpo humano, señor Eminescu, presenta un sistema en equilibrio bastante frágil. Mantener ese equilibrio es determinante para la salud. La medicina interviene para restablecer el equilibrio afectado por distintas formas y métodos, pero todavía hay partes del cuerpo humano insuficientemente exploradas puesto que son, cómo se lo diría, invisibles a simple vista e, implícitamente, inaccesibles a una intervención a una escala común. Me refiero, por supuesto, al universo celular. Allí es donde, creo yo, se juega la verdadera carta del equilibrio. Vea, Herr Eminescu, que una palabra esencial también en medicina es *el equilibrio*. El equilibrio también es necesario en el arte, ¿no es así? Sí, interviene el poeta, se ha dicho que la proporción de formas es belleza, pero yo creo que la verdadera proporción es la del movimiento. ¡Exacto! Formidable,

señor Eminescu. ¡Yo no lo hubiera podido formular mejor! Proporción de movimiento y equilibrio. ¡Como en la música! En la música, el equilibrio de la composición y la proporción del movimiento lo son todo. ¡Tomemos, por ejemplo, la Séptima Sinfonía de Beethoven! ¿Conoce la Séptima Sinfonía, Herr Eminescu? Vagamente, dijo Eminescu aturdido por la conversación. Pues bien, escuchándola te das cuenta de que, aunque la composición musical propiamente dicha (proporciones y ritmo) sea perfecta, sin respetar este riguroso equilibrio en el conjunto de la orquesta, toda la composición se vería muy afectada. ¡El fagot! El fagot, que tiene una tonalidad baja, si se toca *fortissimo* en un lugar inadecuado, ¡qué desastre y qué horror! O bien un contrabajo, ¡si sonara *piano* en una posición de *forte*! Cada músico, señor Eminescu, dispone de pequeñas anotaciones encima de las notas, que representan señales dinámicas de la expresión, que le indican no qué sino cómo debería ser interpretada cada frase musical. Los músicos tienen que entender cada una de las señales y respetar dichas indicaciones para poder restituir lo más fielmente posible la música original. En nuestro cuerpo, señor Eminescu, el único que conoce la partitura completa —por decirlo así— es el cerebro, pero él también necesita sus correspondientes señales (como las indicaciones de los compositores) para saber cómo coordinar unas funciones y actuar en consecuencia, según cada situación. Si tuviera que referirme, por ejemplo, al sistema muscular del cual me he ocupado gracias a mi interés por el sistema nervioso y por el funcionamiento del cerebro, le podría decir que, como en la música, hay determinadas correspondencias y señales que ayudan a nuestro cerebro a saber, de acuerdo con cada situación, qué músculos específicos tienen que intervenir y cuándo. De esta manera, el funcionamiento y la puesta en movimiento de la musculatura es *interpretado* en un determinado sentido musical por el cerebro; el desplazamiento por el espacio y el mantenimiento del equilibrio representan una acción concertante de los sentidos y de los órganos aferentes. No olvidemos que mantener *el equilibrio en movimiento* —como bien ha dicho usted— es también una función importante del sistema nervioso central.

Eminescu escuchaba con atención, intentando comprender. Aunque le agotaba, se esforzaba por pensar, lo cual le hacía bien, recordándole de una manera dolorosa y emocionante su antiguo interés por la ciencia y el conocimiento. Tenía la cabeza ligeramente apoyada en el respaldo duro del sillón mientras sus ojos se deslizaban desde su interlocutor hacia un cuadro de la pared que representaba una naturaleza muerta. Es interesante el desequilibrio, es interesante la injusticia, pensaba Machiavelli. Del estado de equilibrio (*a* igual a *a*), que es un estado de tranquilidad e inercia, no surge nada. El genio es desequilibrio, es locura. *Rerum concordia discors*. El equilibrio solo es bueno para los tontos, para que se crean más listos de lo que son. El doctor parecía meditar profundamente pero no hizo sino retomar con admiración las dos palabras pronunciadas por el poeta rumano. ¡¿Desequilibrio y genio?! Mmmm. Entonces Eminescu bajó la mirada hacia el doctor y con la voz emocionada, casi suplicante,

se le dirigió de una manera completamente carente de cualquier equívoco. Señor doctor, ¿cree que mi cerebro está también afectado? Por favor, ¡dígame la verdad! Una cosa es tener gomas sifilíticas en el cerebro y otra es ser un genio cuyo cerebro se ha desarrollado de una manera anormal. Todavía no me puedo pronunciar, señor Eminescu. Por desgracia, las afecciones anatómicas del cerebro solo se pueden constatar durante la autopsia y la disección, es decir, tan solo después de la muerte del paciente. El doctor Obersteiner calló, y sus miradas se cruzaron. De manera natural, la idea contenida en la última frase, pronunciada por el doctor con un tono neutro, de hombre de ciencia, les hizo pensar automáticamente en lo mismo (la autopsia del cerebro de Eminescu), pero, evidentemente, desde perspectivas completamente diferentes. Obersteiner como médico anatomista, curioso, ávido de explicaciones, y Eminescu, con una sonrisa absorta, despreocupada.

Entiendo. Tengo una debilidad particular por la fisiología, señor doctor. Recuerdo con especial interés las clases de anatomía del profesor Hyrtl y las de fisiología de Brücke. Ah, suspiró el doctor. Yo también fui estudiante de Brücke. ¡Estupendo! Iba de oyente a sus clases por el 1867, si no me equivoco. Yo, explicó Eminescu, estudiaba Filosofía, pero, para comprender mejor lo que es la vida (las respuestas de los filósofos no me satisfacían) fui adrede a las clases de anatomía del profesor Hyrtl y a las de fisiología de Brücke. Y, ¿lo entendió, señor Eminescu? ¿Qué? ¿Lo que es la vida? Todavía no, pero con un amigo de Transilvania, cuyo nombre he olvidado, tuvimos un debate sobre las arterias y los agujeros por los que las arterias penetran en el cráneo. Ese conocido mío decía que no era la arteria la que penetraba por el agujero sino que el agujero se había formado donde normalmente la arteria penetraba en el cerebro. Yo le contradije afirmando que la arteria ya existía antes de que se consolidara el hueso y que el agujero persistía únicamente porque al pasar por ahí la arteria, el hueso no hubiera podido consolidarse. ¡Eso es lo que yo entendí! Que la vida es el germen de la muerte y la muerte es el germen de la vida. Un buen día, tal y como usted decía, señor doctor, sabremos cómo funciona el cerebro. Después de la muerte, cualquier cerebro (el de un emperador, un pobre, un alemán o un mono) puede sacarse de su cascarón, sostenerse en la mano, estudiarse y seccionarse. Puede conservarse en un frasco con sustancias químicas. Con el órgano del corazón pasa lo mismo. ¡Todo esto es materia y positivismo! Pero sobre el alma, que no es nada más que algo inexistente y resplandeciente, es decir, nada positivo ni explícito, ¿qué vamos a saber algún día? ¿Conoceremos de verdad dónde se sitúa? Ustedes, los médicos, ¿la podrán coger con la mano, disecarla, macerarla en soluciones de laboratorio, estudiarla con la ayuda de métodos experimentales?

¿El alma? Retomó el doctor pensativo. ¿Algo inexistente y resplandeciente? ¡Interesante! Se ha creído que sería una especie de anexo del cerebro, pero, a pesar de todas las disecciones y de todos los métodos de análisis microscópico, todavía nadie la ha podido localizar. Al menos, ¡no en el cerebro! Yo mismo,

señor Eminescu, ni siquiera creo que el alma tenga una existencia física, tan solo existe como concepto. Un concepto metafísico, compuesto de algo inexistente y resplandeciente, así de poético como lo ha dicho usted. Sin embargo, quién sabe, no se excluye que en un futuro, la ciencia la descubra escondida en alguna célula infinitesimal. Sí, el cálculo infinitesimal e integral aplicado a todo. La ecuación universal. Julius Robert Mayer de Heilbronn. *Bemerkungen über die Kraefte der unbelebten Natur*. Establecer la equivalencia entre el trabajo mecánico y el calor. J. Tyndall. *Heat: a mode of motion* (1863). ¡Es un libro interesante! ¡Léalo señor Heine! Tiempo atrás yo también leía mucho. Entonces el poeta se detuvo y apagó su cigarrillo. Tiró la colilla al fuego de la chimenea. No tenía nada más que decir. De repente se sintió muy cansado, abatido y ajeno a todo.

Apartó la ceniza blanca de sus pantalones. Se levantó del sillón y, de nuevo, en señal de agradecimiento, encajó la mano del doctor. Cabía la posibilidad de que mañana cuando llegara el coche de caballos con Chibici, ya no tuviera tiempo de hacerlo, puesto que, habitualmente, después de la visita corta de la mañana, el doctor Obersteiner se iba a la ciudad y no regresaba antes de las tres de la tarde. Ha sido una conversación interesante, ¡muy interesante, señor doctor!

Selección y Traducción de ADINA MOCANU y XAVIER MONTOLIU PAULI

